CUERVOS
DEL SUR

Escrito en Resistencia – Chaco
Junio 2025
por: Eduardo “Barba” Gómez Mian

Prólogo

No todos los caminos empiezan con un mapa.
Algunos nacen con una mirada en la ruta, un rugido de escape, o una charla al borde de una parrilla humeante.
Este cuento —por qué eso es y no es al mismo tiempo— es una secuela y una precuela. Un complemento necesario. Un pedazo de historia que estaba ahí, latiendo, esperando ser contado.

Después de "Mateo y la Fiera", conocieron a un pibe que se animó a dejar el gris atrás y subirse a una moto buscando libertad.
Pero lo que vino después —o antes, según se mire— fue más profundo: La historia del club que lo sostuvo. Del legado que lo transformó. De los hombres que lo rodearon y lo moldearon. De los **Cuervos del Sur**.

Este cuento no está escrito sólo para moteros.
Tampoco es un manual de vida sobre ruedas.
Es una invitación. Una puerta entreabierta a un mundo donde las reglas no están en los libros, pero sí tatuadas en la piel.
Donde la lealtad se mide en silencios compartidos, y el amor…
el amor se demuestra con una mano extendida cuándo todo se cae.

Porque este cuento intenta eso: Compartir la forma en que algunos vivimos el motociclismo. cómo una pasión. cómo una familia. cómo una ruta que, aunque tenga curvas y baches, siempre vale la pena.

Y si alguna vez alguien, en alguna parte, lee estas páginas y siente algo en el pecho… una nostalgia que no entiende, un recuerdo que no vivió, un latido que le habla más fuerte que la razón. ...

Es porque ESE alguien, sin saberlo, ya es parte de esta bandada.

—Barba

La Base

La sede tenía ese olor mezcla de grasa vieja, desinfectante barato y aserrín con historia. Era una tarde tranquila, de esas sin eventos ni fechas clave, sólo de mantenimiento. Mateo estaba arreglando unas sillas desvencijadas cuando Neno apareció por la puerta con una birra en mano y la cara de quien no piensa hacer mucho más que cebar charla.

— ¿Te falta mucho, Cuervo? —tiró con su sonrisa torcida.

—Siempre falta, Neno. Siempre hay algo pa' lijar —contestó Mateo, levantando una silla con una pata medio muerta.

Se cruzaron en la barra. Mateo sirvió dos vasos de plástico, mitad birra, mitad espuma. Brindaron sin mirar.

Un rato de charla al pedo. Clima, motos, el partido del finde. Hasta que Mateo largó lo que venía rumiando desde hacía rato.

—Che, Neno… —largó, cómo quien lanza un anzuelo sin saber si pica

— Vos que estás hace un tiempo más que yo en el club…

Neno lo miró con media sonrisa, mientras abría otra lata de cerveza.

— ¿Qué pasa, Cuervo? ¿Alguna duda sobre la cuadratura de la parrilla?

—No, no. ... es otra cosa.
Capaz es una boludez, pero me la vengo guardando hace rato por miedo a que alguno me raje una puteada o se me rían por gil.

— ¿qué es? , largá!

—Quiero entender bien cómo es el tema de los cargos.
O sea, sé que Rafa es el Presi, que Lito es el Vice, que el Indio es el Sargento, el Flaco el Tesorero…

Pero posta, más allá de que Rafa manda… no tengo ni idea de qué hace cada uno.

— ¿Querés saber cómo se elige el Presi o por qué Lito parece que no hace nada y está en todas?

Mateo sonrió.

—Quiero entender cómo funciona todo. Por dentro. Más allá de la birra, el humo y los abrazos.

Neno apoyó el vaso en la barra. Se acomodó en la banqueta como quien se prepara para enseñar sin parecer maestro.

—Está bien que preguntes. Esto es un club de motos, sí. Pero también es una organización. Y como tal, tiene una estructura.

—Mirá, Rafa es el Presidente. Pero no porque grite más fuerte. Es el que **cuida el alma del club**. El que da la cara cuando hay quilombo, el que escucha cuando nadie más lo hace. Es el tipo que, si se rompe una pieza del motor, sabe dónde buscar el repuesto.

—Lito, el Vice… es otra cosa. Es como un compás viejo. No te marca el norte perfecto, pero si lo sabés leer, nunca te perdés. Cuando hay bardo, él pone la pausa justa. No parece que hace mucho, pero siempre está donde hace falta. Un fantasma útil.

—El Indio… nuestro Sargento de armas. No lleva fierros, lleva códigos. Es el que mide la temperatura moral del club. Si dos se pelean, él aparece. Si alguien se manda una cagada, él decide si fue una macana… o una traición.

El Flaco, cómo Tesorero, no es sólo el que maneja la guita.
Es el que administra las necesidades reales del club.
Es el responsable de que se pague en tiempo y forma la luz, el gas, el agua, sabe cuánta carne o cuanta bebida comprar, cuanta nafta vamos

a necesitar en un viaje, qué miembro está corto de guita y necesita una mano. No guarda plata: guarda equilibrio.

Mateo asentía, como grabando con la cabeza.

— ¿Y abajo de eso?
—Después están los full members,
Gente que ya probó su lealtad, que está para opinar, para votar, para sostener el club.
Y más abajo, están los prospects.
cómo vos y yo ahora, somos los que todavía tienen que demostrar que estamos dispuestos a dar… sin pedir nada.

Silencio. Neno dio un último trago y golpeó el vaso vacío contra la madera.
—Pero, ¿sabés qué es lo más loco?
— ¿Qué?
—Que ningún cargo vale más que el compromiso con el otro. Podés ser el Presi o el que lava las motos. Pero si no estás cuando hay que estar… no sos Cuervo. Sos un espectador con chaleco.

Mateo trato de asimilar cada palabra de Neno. No era un sermón. Era un código.

Y justo cuando parecía que la charla se iba a desvanecer con la espuma, Neno agregó, como al pasar:

—Ya vas a ver que cada uno de estos tipos… tiene una historia que te va a cambiar algo.

— ¿Y me la van a contar?

Neno se levantó de la banqueta, agarró su vaso vacío, y sin mirar atrás, tiró:

—Si tenés suerte… o si te lo ganás.

El Vuelo de Lito

En una semana cualquiera de esas en las que todavía era prospect —y de las que, sinceramente, no recordás el número exacto por qué todas huelen a grasa, humo y ansiedad— los Cuervos decidieron que, cómo no había viaje, se juntaban en la sede el finde.

Cómo buen colgado con entusiasmo, me ofrecí para dar una mano. Bueno, nos ofrecimos. A mí me tocó con El Neno, un prospect con más antigüedad que yo, de esos que ya caminan por la sede con más soltura pero que siguen cargando bolsas de carbón igual que todos.

El Flaco había conseguido carne buena, de esas que casi caminan solas, directo desde Mataderos. Y cómo Neno vivía más cerca, se encargó él de ir a buscarla. Yo, con ganas de ganar tiempo y sumar puntos, me adelanté para abrir la sede y empezar a acomodar todo.

El viaje en La Fiera fue tranquilo, la calle tenía ese perfume de viernes que mezcla expectativa y cansancio. Llegué a la sede con el sol medio de costado, la reja proyectando sombras largas sobre el asfalto.

Apagué la moto. Me saqué los guantes. Busqué en la campera, en el pantalón, En la mochila, Nada.

¡Las llaves de la sede! Me había olvidado las malditas llaves.

Ahí fue cuando me dio el mini infarto.

Parado frente a la reja, con el ruido del motor todavía zumbando en mis oídos, entré en ese estado de pánico pasivo en el que el cerebro no sabe si gritar, llorar o arrancar la reja a patadas.

— ¡Rafa me mata!
— ¡El Indio me cuelga de los huevos!

Empecé a barajar ideas: romper el candado, escalar la reja (y posiblemente desnucarme), o buscar esa llave de repuesto escondida para emergencias. ... que no recordaba dónde miércoles estaba.

Y entonces…

cómo si el universo me quisiera dar una lección de humildad, desde adentro de la sede, con la calma de un tipo que “ya fue y volvió” y no se apura ni para mear… Apareció Lito.

Venía caminando despacio, con una sonrisa amplia y la cara de quien claramente sabía que me acababa de salvar el culo.

— ¿Te olvidaste algo, pibe? —me tiró, cómo quien pregunta si querés mate.

Yo me reí, nervioso. Quise hablar, justificarme, inventar algo.

—No digas nada —agregó—. Ya bastante cara de culpable tenés.
Y me abrió la reja.

Ahí empezó todo.

Terminado el ritual de barrer el frente—levantando colillas, hojas secas y la eterna arena que sopla del playón— enfilé para el salón. Sabía que Lito iba a convidarme algo; pintaba más para una birra pero la jornada prometía ser larga y a la noche había que estar con las luces bien altas. Así que me pareció más prudente el mate.

Apenas crucé la puerta vi al viejo parado junto a la pared del fondo, la cabeza ladeada, los bigotes temblándole apenas. Tenía la mirada clavada en una foto amarillenta enmarcada con más mugre que vidrio. Había nostalgia en esos ojos de perro callejero.

— ¿Todo bien, Lito? —pregunté, acomodando los guantes en el cinturón.

— Sí, pibe —susurró pero sonó a “no, no del todo”.

Algo me dijo que el viejo traía historia. Despejé una mesita de metal, pasé un trapo a las sillas y, mientras sacudía el polvo, me animé:

— Che, Lito… ¿qué onda con los primeros Cuervos? ¿Cómo arrancó todo? ¿Vos sabés?

El brillo que se encendió en sus ojos fue otro. Ese fulgor de motor viejo que todavía ruge. Se rascó la barba, chasqueó la lengua y dijo:

— Prepará unos mates y te cuento.

Me instalé con el termo y la yerba en el rincón. Él arrimó una silla, se sentó despacio y comenzó, cómo si pusiera primera:

— Terminaba la década del ochenta, pibe. Las motos japonesas estaban en pleno auge: las Honda CB, las Yamaha XS… Eran el sueño de cualquiera. No imposibles pero sí caras. La mayoría andaban arriba de Gileras 200, Tehuelches, Zanellas. Chiches nobles.

» En ese entonces mi hermano Jorge, el Tufo— un albañil del Bajo Flores—, Nando y el "Sebio" (se llamaba Eusebio pero a todos les daba vergüenza ajena) se conocían de la cancha. San Lorenzo, ¿viste? De ahí viene lo de Cuervos. Iban todos los domingos al viejo Gasómetro y, entre semana, se juntaban en un boliche de Boedo a tirar anécdotas, a veces al autódromo o a pescar. Amistad de fierro.

» A Jorge las motos lo enloquecían pero nunca había tenido una. Tufo tenía una Zanella Sapucai atada con alambre pero que jamás lo dejó a pata. Un día fueron de pesca los dos solos: ahí Tufo le enseñó a manejar la moto. Jorge volvió endemoniado. Venía ahorrando para un autito, algo para ir al laburo… Pero la fiebre lo picó.

» Tenía franco un jueves. Se levantó, se perfumó, cebó dos mates a la vieja y salió sin decir nada. Yo, que era el pendejo de la casa, me fui puteándolo por qué mientras él se paseaba yo tenía que hacer los mandados. Pasó la mañana; yo ya encaraba para la escuela técnica, el Huergo, cuándo escucho un bramido en el zaguán—que parecía caverna de lo húmedo y oscuro que era.

» Era Jorge. ¡El hijo de puta se había comprado una Honda 400 con la plata del auto! Y encima financiada: un montón de cuotas. La moto era hermosa, sí pero yo veía venir el despelote. La vieja casi infarta, el viejo lo sermoneó: que el auto era mejor inversión, que los días de lluvia…

Jorge lo convenció un poco hasta que se enteró de las cuotas. Después de eso: guerra fría familiar.

Lito sorbió el mate, miró el piso cómo quien revisa carriles gastados y siguió:

— Pero el Jorge no aflojó. La Honda lo era todo. De la cancha al laburo, del laburo a pescar, cuándo podía me llevaba al colegio pero siempre arriba de la nave. Y las ganas se contagiaron. Primero iban los 4 a pescar en las 2 motos, después Tufo quiso algo mejor que la Sapucai. Nando, que renegaba, terminó cayendo. Y hasta Sebio sacó una Garelli 50 y la pintó de negro para que parezca seria.

» Empezaron los viajes primero iban a ver a San Lorenzo donde podían: San Pedro, Lobos, Rosario, Córdoba. Después la excusa ya no era el futbol pero seguían de Carpa, estación de servicio, lo que pintara. Lo importante era andar juntos. Rodar. Compartir.

Hizo una pausa. Yo, al borde de la silla, le cebé otro mate.

— ¿Y ahí nace el club? —le solté, la ansiedad atravesándome la garganta.

Lito sonrió con los ojos. No con la boca. De esas sonrisas que son más nostalgia que alegría.

—En esas salidas que hacían cada tanto, siempre se cruzaban con algún "motoquero de chaleco". Ya sabés… esos que caminan cómo si pesaran tres veces más por los parches que cargan. Para ellos, en ese entonces, todo eso era "maquillaje de rudo". Flasheaban que era puro disfraz, pose. No les daban bola.

» Pero los viajes sumaban. La ruta te da lo que no te da el barrio: espacio para pensar, para reírte con otros. Se fueron haciendo de conocidos: en ruta, en el taller, en la cancha, en los bares. De a poco, sin buscarlo, ya no eran sólo cuatro o cinco amigos, eran más. Un grupo.

» Y fue en una salida a Luján donde pasó algo que los marcó. Salieron con la idea de pasar el día, visitar la basílica, comer bien. Pararon en un parador de camiones, de esos que ya conoces: “si hay camiones y motos, seguro se come bien y barato”. Lo que no sabían era que ese día, en ese parador, iba a arder la bronca.

» Había un grupo de motoqueros. Algunos estaban en pedo, otros eran unos sobradores crónicos, viste esos que te boludean de hobby. A Sebio, que ese día andaba con la "cincuentita", lo boludearon feo. Primero chistes, después cargadas pesadas. Y el Sebio… tenía poca paciencia.

—Uh, no me digas que. ... —dije yo.

—Sí, pibe. Se armó la podrida. Tufo saltó cómo fiera. Nando trató de calmar las aguas. Jorge, entre separar y cabecear una silla, terminó adentro también. Resultado: todos en cana por quilomberos. Unas horas nomás pero suficiente para dejar un sabor amargo.

» A la semana, mientras tomaban un vermú en el bar del barrio, entre comentarios del estilo “qué manga de pelotudos esos giles” y “no somos cómo ellos”, cayó Sebio. Y no con cualquiera: llegó en una Gilera 300, más vieja que la mentira pero andando.

» Se la había regalado un tío de campo que la tenía tirada bajo un alero. Y ahí, como si hubiera estado ensayando el momento, Tufo tiró la bomba:

—“Bueno che… ahora sí. Es el momento. ”

— ¿El momento de qué? —preguntó Jorge.

—“¡De armar una agrupación, loco! Una agrupación de motociclistas de verdad. ”

» Todos se quedaron mudos. Jorge casi se atraganta con la aceituna del vermú. Tufo siguió, con esa cara de que ya lo tenía cocinado:

—“Escuchame, loco. No tenemos que cambiar nada. Cada uno vive su vida cómo siempre. Nando puede seguir ayudando en la iglesia, Sebio con los pibes del fulbo… entre todos colaboremos cuándo sabemos que hay alguna quermes y cosas así.
Pero cuándo nos juntemos, vamos a mostrarle a la gente que andar en moto no es sinónimo de boludeo o mala vida. Vamos a diferenciarnos. Vamos a tener identidad. ”

» No estaban muy convencidos. Le siguieron la corriente al Tufo por cariño… y por qué el vermú ayuda. Pero Nando fue el primero en mover.

» A la semana, cayó al pool un sábado a la tarde con una campera de jean, de esas de albañil, vieja, gastada y en la espalda… una pintura a mano. Un cuervo negro, Arriba, en letras azules con bordes rojos, decía: **"Cuervos del Sur".**

—“Faaaaa… ¿y eso? ” —preguntó Tufo.

—“¿Y vos no querías identidad, loco? Algo que nos diferencie del resto de los mortales…”

» Y ahí, según cuentan —por qué yo no rodaba con ellos—, Jorge largó la frase que se volvió mito:

—“Pero… ¿por qué del sur? ”

—Y Nando, sin levantar la vista del vaso, respondió:

—“Y si, boludo… en el hemisferio sur no hay cuervos. ”

Lito se rió bajito. Y yo también.

—Así, pibe… está historia se escribió así. Entre birras, jodas y parches pintados por una monjita con buena mano.

Le cebé otro mate. El salón seguía oliendo a desinfectante y a tiempo.

—Y vos, ¿cuándo te uniste? —le pregunté.

Lito me miró. Y en sus ojos ya no había nostalgia. Había sombra.

—Eso… es otra historia.

—Yo no les daba mucha bola. Era pendejo y andaba en la mía. Jorge por ahí me llevaba a algún asado o compartía un rato con los muchachos cuándo se juntaban en casa pero yo era de otra vibra. Más de la joda, las discotecas, las minitas. Lo que menos quería era andar rodeado de chabones con olor a nafta.

» Pasaron varios años. Terminé el Huergo, cumplí con lo que mi viejo decía que era “la base para tener futuro” y, de puro milagro, él mismo me metió a laburar en el ferrocarril. Con Jorge no estábamos en la misma cuadrilla pero en el barrio nos decían "los ferroviarios", y a Jorge—que era de San Lorenzo hasta la médula—eso le sonaba más a Insulto que a profesión.

» Me acuerdo como si fuera hoy. Era un otoño frío, de esos que cortan el aliento. Junio, seguro, por qué habíamos cobrado el aguinaldo. Jorge cae a casa y me tira:

—Che, Lito… ¿te venís con los muchachos a Mar del Plata este finde?

— ¿Tas loco? —le digo— Son cómo 400 km arriba de esa cosa, ¡ni en pedo!

» Y ahí el guacho larga las palabras mágicas que me hicieron tambalear:

—Dale, bolú. Va a ser un fin de semana de pura joda. Ya tenemos hospedaje, cerca del casino, y hay una disco que Tufo quiere conocer. Va a estar lindo, vamos.

» Y yo pensé: joda, casino, minitas…
Eso sí era lo mío.

» Llegó el viernes. Pedimos franco los dos. A las cinco de la mañana estábamos arrancando, y yo, que en mi vida había estado tan temprano fuera de la cama, sentí el frío cómo si me clavaran agujas en las orejas. La puta madre. Nunca pasé tanto frío.

» Íbamos bien, a ritmo tranquilo. 85, 90 por hora, nada de locura. Cada 100 kilómetros parábamos para que las motos viejas descansen un poco y nosotros, con los huesos congelados, tomábamos unos mates o un café en estaciones perdidas por la ruta. Sin apuro, con alma.

» Llegamos a Mardel tipo dos de la tarde. Me dolía todo el cuerpo, hasta las pestañas. Pero había algo ahí… algo en el viaje, en los silencios, en ver a los pibes con la misma cara de "estoy hecho mierda pero feliz"… que me pegó distinto.

Mateo no aguantó más.

— ¿Y ahí? ¿Ahí te convertiste en Cuervo para siempre?

Lito largó una carcajada.

— ¡Ni en pedo! —respondió, entre risas—. ¡Te dije que esa no era mi vida! Yo fui por la joda, el casino y las minitas de Mar del Plata. El viaje estuvo bueno, sí. Pero yo no veía lo que ellos veían. No me sentía parte de eso. Todavía no.

Mateo se movió inquieto en la silla. La intriga le carcomía los sesos cómo ácido lento, y para colmo, sabía que en cualquier momento llegaba Neno con la carne y la historia se cortaba cómo un asado sin fuego.

Lito sorbió el último mate cómo si le chupara también los recuerdos. El salón estaba tranquilo pero se había llenado de una densidad que no venía del humo ni del polvo. Mateo lo escuchaba con los ojos clavados en él, cómo si en cualquier momento alguien fuera a tocarle el hombro y decirle: "pibe, llego la carne ".

—Pero bueno… a veces no es que vos te hacés Cuervo —repitió el viejo, bajando el mate vacío la mesa—. Es que la vida te empuja.

—La vida siguió cómo venía —continuó, con tono más sereno—. Los Cuervos se habían ganado un respeto tremendo en el barrio. Hacían movidas con escuelas, con la iglesia, y a veces se prestaban para mostrar las motos en festivales del Día del Niño. Siempre presentes, siempre firmes.

» Yo, mientras tanto, vivía cómo quería. Casa, laburo, mis viejos de 10. Siempre tenía plata en el bolsillo y creía que la tenía atada. Me sentía un Dandy en la runfla. Así le decíamos, por qué no eran amigos de verdad: en la joda no encontrás amigos posta. Me decían “Isidoro”, como el de la historieta, por cómo me movía.

» A mediados de los '90, empecé a sentar cabeza. Tenía una novia que me había convencido de irnos a vivir juntos. Entre los dos compramos un 147 y la cosa parecía marchar. Hasta que un lunes se nos fue mi viejo. Tranquilo, en su cama, cómo quien se acuesta a dormir y no se levanta más.

» Salí volando del departamento, llegué a la casa de los viejos, y había cómo diez motos estacionadas. Los Cuervos estaban ahí. Haciéndole el aguante a Jorge. Consolando a la vieja. Sosteniendo la tristeza con silencio y presencia.

» Durante todo el velorio y el entierro, no se despegaron. Rafa —un pendejo en ese entonces— andaba detrás de mi vieja como si fuera la suya. Y ahí me cayó la ficha, pibe. Eso no lo encontrás en un boliche. Ni en una loca. Ni en un casino. Eso… eso es hermandad.

» Empecé a compartir más con ellos. Desde afuera, sí. Jorge me invitaba a un asado y yo iba. Y lo más raro: iba con ganas. Llevaba algo, ayudaba. Me sentía bien. Mi novia… bueno, no estaba muy convencida. Pero tampoco decía mucho.

» Hasta que un tiempo después, se fue mi vieja también. Esa enfermedad de mierda que te arrastra de a poco. Fue un infierno. Pero cada vez que entraba al hospital… había un Cuervo ahí. Para hacerle compañía, para leerle el diario, para llevarle una flor. Mi vieja no estaba sola.

» Después de eso… la relación con mi novia se fue deshilachando. Un día, sin dramatismo, decidimos cortar. Vendimos el 147 y cada uno por su lado. Yo volví a la casa del barrio. Jorge ya vivía sólo ahí. Al principio fue raro. Faltaba algo. Pero no duraba mucho, por qué siempre caía un Cuervo.

» La fija de los sábados era Rafa. Pibito. Tendría 17 años. No lo hacían Cuervo por qué no podía sacar el carnet todavía pero ya era uno de ellos. Laburaba en el taller familiar, ese que fundó el abuelo y que el viejo manejaba con pasión.

Mateo interrumpió, casi sin querer:

— ¿El taller de Rafa…?

—Sí —dijo Lito, cómo quien confirma una leyenda—. Lo abrió el abuelo en los 60. Desde entonces es el negocio de la familia.

—Qué loco…

Y cómo si le picara la urgencia, Mateo volvió a apurar:

—Pero bueno, ¿cuándo te hiciste Cuervo?

Lito chasqueó la lengua.

—2002. El país era un quilombo, pibe. Político, económico, cultural. Estaban apareciendo motoclubes yankees, y otros MC locales se organizaban más en serio. La pasión por la moto mutó… y no todos la entendían igual.

» Los Cuervos, fieles a su esencia, no se querían tirar de menos. Había “gente nueva”. Y decidieron dar el paso: convertirse oficialmente en un Motoclub.

» Nando ya no estaba. Sebio se había ido al campo. sólo quedaban Jorge y Tufo de los fundadores. Armaron la famosa “mesa chica”: cinco cargos, cómo dictaba la nueva cultura motera. Jorge presidente. Tufo vice. No me acuerdo quiénes más estaban. Yo miraba todo de afuera. No me calentaba.

» Hasta que un día, charlando con Jorge, me dice:

—Lito… necesitamos una sede. ¿No conoces algún galpón o casona que podamos usar?

» Se me vino a la cabeza un galpón viejo, medio derrumbado, detrás de la estación de Lanús. Hablamos con el sindicato. La respuesta fue un clásico: “dejame que vea y te chiflo”. Sonaba a NO rotundo.

» Pero Jorge era cabeza dura. Siguió insistiendo hasta que le tiraron una: “Si lo presentan cómo un centro cultural… capaz hay chance”. Ahí fue cuando armamos una carpeta con una amiga, pusimos fotos de las movidas solidarias de los Cuervos, y presentamos el pedido cómo “Casa de Cultura Motociclista”.

» A los pocos días, ya estaban haciendo el primer asado en donde hoy está la parrilla.

Mateo volvió a interrumpir, con una mezcla de admiración y ansiedad:

— ¡Lito, se va la tarde y todavía no me contaste cómo te hiciste Cuervo!

Lito lo fulminó con la mirada y le soltó:

—Aguantá, boludo. Necesito que entiendas bien, por qué después alguien te va a preguntar a vos.

Era casi una orden. O un designio.

Lito bajó la voz.

—Poco a poco, fueron construyendo lo que hoy ves acá. Con laburo, con quilombos, puteadas, y fierros viejos.
Se venía el aniversario del club. Y Jorge y Tufo decidieron llevar las invitaciones en persona a otros grupos.

Lito tragó saliva. La voz se le quebró apenas.

—Y justo… justo tenía que ser él.

Lito respiró hondo. Pero no para contar: para no quebrarse.

—Habían ido hasta Zárate —empezó, más lento—. Jorge y Tufo, a llevar la invitación a un club que ahora ni me acuerdo cómo se llamaba. Los recibieron cómo duques: asado, banda en vivo, mucha birra. Todo tranqui. Fiesta rutera, cómo les gustaba.

» Entrada la tarde, tenían que volver. Jorge tenía que laburar al otro día y quería descansar. Tufo no: se había enganchado con una minita y quería "coronar la jornada", ya me entendés. Así que Jorge se volvió sólo.

Lito bajó la mirada. Apretó los dientes.

—Ese fue su último viaje, Mateo.

» La policía dice que se durmió. Un testigo dice que esquivó un bicho en la ruta. Lo cierto es que ahí quedó mi hermano, en un zanjón, fallecido por los golpes de la caída. sólo. En silencio. Y yo…

Se frotó las manos con fuerza, cómo si intentara borrarse la culpa con fricción.

—Yo tenía un veneno adentro. Otro velorio lleno de Cuervos, sí. Pero esta vez no era gratitud. Era otra cosa. Una parte de mí los culpaba, Mateo. Los culpaba por no cuidarlo, por dejarlo volver sólo. Por todo.

» Me llevó un tiempo. Un buen tiempo. Masticar esa bronca no fue fácil, hasta llegue a pensar que Jorge hubiera preferido ese final y no el de mamá y eso cómo que hacía más llevadera la soledad de la casa.

» Hasta que un día, ya con las cosas más en calma, me llama Rafa:

—"Lito, ¿estás en tu casa? Estoy cerca. Necesito hablar con vos. "

» Le dije que sí. Estaba medio aburrido, así que preparé una picadita y una sangría.

» Cayó, me abrazó. Se sentó. Se sirvió un trago. Y sin vueltas me dice:

—"Vamos a elegir nuevas autoridades. Tufo se baja. No quiere saber más nada. Me quieren a mí cómo presidente. "

» Yo lo miro, medio desconcertado, y le digo:

—"¿Y yo qué tengo que ver? ¿Qué querés que haga? Son cosas de ustedes. "

» Rafa resopla. Medio frustrado. Me mira fijo y me dice:

—"Vos sos el hermano de Jorge. Estás desde el principio Lito. "

» Yo negué. Le tiré:

—"No hables pavadas. ¡Ni moto tengo! "

» Y ahí… me pega el último sopapo emocional.

—"La moto de Jorge está en mi taller. Arreglada. En su honor. Y legalmente… es tuya. "

Lito se quedó callado. El salón estaba en silencio, salvo por algún ruido de fondo en la calle. Mateo no se animaba ni a tragar saliva.

— ¿Y qué hiciste? —preguntó, en voz baja.

Lito clavó los ojos en él.

—Fui al taller. Me quedé sólo. Con La Honda. La miré un rato largo… sin tocarla. Pensé en la vieja, en el viejo. En mi hermano. En los Cuervos.

Se enderezó, cómo si ese recuerdo lo alineara de nuevo.

—Al otro día, me presenté en la sede. Golpeé la puerta, entré… y me senté en la barra. Apareció Rafa, no dijo ni una palabra. Me dio un abrazo largo, fuerte, como si estuviera abrazando a Jorge también. Después, con la voz firme y clara, cómo cuándo no se negocia nada, soltó:

—Señores… HOY MISA. QUE NO FALTE NADIE.

A las pocas horas, el aire del lugar ya olía a combustible, humo, y ansiedad. Empezaban a llegar los Cuervos. Uno a uno, en silencio o con risas, cómo una bandada que vuelve al nido sabiendo que algo está por pasar.

Había caras que me eran conocidas, otras no tanto. Muchos me saludaban con un apretón firme, otros con un cabeceo respetuoso. Yo no sabía si quedarme, si salir al patio, si hacerme invisible. En un intento de respeto, quise escabullirme… pero Rafa me atajó del brazo.

—Quedáte —me dijo. Y me llevó hasta la mesa donde estaban todos reunidos.

Me paró a un costado, cerca de él. Yo, con cara de perdido, me quedé quieto.
No tenía palabras. sólo podía escuchar.

Rafa se acomodó, pidió silencio, y habló con la voz llena de autoridad moral:

—Hermanos… hoy vamos a dar la bienvenida oficial a Lito.

» Alguien que desde el inicio de los Cuervos estuvo revoloteando, siempre desde afuera… pero también siempre presente. Sin él, no tendríamos está sede. No tendríamos historia. Y yo no estaría acá.

El murmullo general era de asentimiento… hasta que desde el fondo, cómo un tajo mal puesto, sonó la voz de Mamut. Insolente, sobrador, con ese tono que uno ya conocía demasiado bien:

— ¿No estará medio viejo pa' ser prospect?

Algunos se rieron. Otros no sabían si mirar a Rafa o al piso.

Rafa lo miró directo. La cara tensa, los ojos firmes.

—Lito ingresa cómo full. Con todos los derechos ganados por el tiempo, por la vida, por la sangre que compartió con Jorge… y con nosotros.

Mamut, picante cómo siempre, no se quedó callado:

—Si no va a ser prospect… que entre cómo honorario, viejo. Yo ni lo conozco.

Rafa ni parpadeó. sólo caminó dos pasos y respondió con una frialdad que quemaba:

—Honor deberías sentir vos, Mamut… por sentarte al lado de este hermano.

Y ahí… sin decir más, fue hasta un rincón. Abrió una caja vieja, con polvo acumulado por años. Todos hicieron silencio. Hasta los que no sabían por qué, lo supieron cuándo Rafa levantó el chaleco.

Era de cuero grueso, de esos que ya no se hacen más. Estaba intacto pero curtido por el tiempo. En el pecho, el parche con el cuervo bordado. Y debajo, con hilo blanco, un nombre que atravesó el alma de todos los presentes: **“LITO”**

Rafa lo sostuvo con ambas manos. Y mirando a todos, dijo:

—Este chaleco lo mandó a hacer Jorge. Hace varios años.
por qué él sabía que en algún momento… esto iba a pasar.

El salón no dijo nada. Pero la emoción se respiraba cómo nafta en el aire.

Mateo tragó saliva. Sentía que estaba viendo el alma del club, expuesta en carne viva.

Y Lito, sin decir una palabra, se puso el chaleco. Le quedaba justo. cómo si siempre hubiese sido suyo. cómo si, en verdad, siempre lo fue.

Ahí Mateo entendió todo. Uno no se hace Cuervo, La vida te empuja, Y si no te caés… volás.

El cuervo Falso

La charla con Lito le había dejado el pecho lleno de cosas: historia, orgullo, tristeza. ... y una sensación rara. cómo si todo eso no sólo le hubiera sido contado, sino entregado.
Mateo volvió a las tareas de preparación, pero sus manos trabajaban en automático. Su cabeza, no.

El balde con lavandina se llenó sólo. Los vasos se acomodaron sin que él supiera cómo. Barrió, reordenó las mesas, cebó mate… pero no estaba ahí del todo.

—Ese tal Mamut… —pensó—.
¿Quién carajos era ese tipo, el que hacía poco le había robado la moto al Flaco?

Ya casi de noche, Neno apareció con la carne. Venía todo sudado, con la bolsa al hombro y cara de "casi me muero, pero llegué". Mateo lo recibió con un gesto, pero ni lo jodió cómo siempre.

— ¿Estás bien vos? —le tiró Neno, dejando la carne sobre la tapa de un freezer viejo.

—Sí, sí… no pasa nada.

Neno no preguntó más. Ya había aprendido que cuándo alguien salía raro de una charla con Lito, era mejor dejarlo rumiar.

A medida que entraba la noche, la sede empezó a llenarse de Cuervos.

El humo del carbón ya salía cómo una señal de fuego tribal. Sonaba rock nacional viejo, Patricio Rey mezclado con Memphis, y se escuchaban las carcajadas, las palmadas, los codazos.

Mateo repartía vasos y se movía cómo uno más… pero no sentía cómo uno más.

Tenía un nombre dando vueltas en la cabeza cómo un tábano: Mamut.

El mismo que cuando él apenas sabía acomodar una moto sin tirarla, le había robado la del Flaco. Con arma en mano.
El mismo que había osado burlarse de Lito, cómo si no supiera ni a quién tenía al lado.

Mateo apretó los dientes.

El chaleco que tenía puesto le pesaba más que nunca. Pero no por incomodidad. Por responsabilidad.

Esa noche… no iba a dejarlo pasar.

El asado ya estaba bajando con la segunda vuelta de fernet y la música sonaba más fuerte que la conciencia. Algunos se reían, otros discutían con entusiasmo de motos, política o fútbol. El aire de la sede tenía ese perfume mezcla de aceite comun 40, motos y familia. Pero Mateo seguía con el mismo nombre atascado en la garganta cómo una astilla:

Mamut.

Aprovechó un momento en que las brasas ya se estaban apagando, y se acercó al Indio con un vaso en mano.

— ¿Indio, necesitás algo más?

El Indio, que venía por la cuarta birra y anotando cosas en un cuaderno roñoso, lo miró por encima de los anteojos que sólo usaba para leer pero nunca para ver.

—Ya está, pibe. Sentate. Descansá un rato y tomate algo.

Mateo se sentó. Medio distraído, cómo quien no quiere la cosa, tiró la pregunta cómo si hablara del clima.

—Che, Indio… ¿quién es el tal Mamut ese que le robó la moto al Flaco?

El Indio lo miró con una ceja levantada. Ya entendía por dónde venía la cosa.

—Un bobo que no vale dos pesos, Mateo. ¿Qué querés saber?

— ¿Es cierto que era del club? ¿Qué pasó?

El Indio se recostó sobre la mesa, soltó un suspiro largo y dejó el vaso sobre el tablón de madera. Tenía cara de que no quería meterse en eso, pero también sabía que había cosas que los pibes tenían que entender.

— ¿De verdad querés hablar de eso… ahora?

Mateo lo miró fijo. Sin titubeos.

—Sí.

El Indio cerró los ojos un segundo. Y cuándo los abrió, ya no era el Indio el macanudo. Era el Indio del parche, el veterano, el que guarda las cosas que pesan.

—Mamut no era cómo vos ni cómo los otros pibes que entran. Ese no buscaba un lugar, ni una familia, ni un sentido. Ese buscaba poder.

» Era un pibe de la calle. Pero no en el sentido lindo. No “ese” que te hace decir "luchador", ¿me entendés?

» Criado entre orfanatos, correccionales y casas de paso. A los diez años ya había dormido más veces en el piso de un calabozo que en una cama propia. Nunca le faltó comida por qué sabía sacarla. A veces afanando, otras veces ganándose la confianza de algún boludo que después terminaba robado o cagado a piñas.

» Nunca fue víctima. No era un pobre pibe. Era un pibe que eligió el camino más oscuro. Y cuándo decimos eso no es una metáfora, Mateo. Ese chabón tenía el alma podrida.

Mateo se quedó en silencio. El Indio siguió, ahora más en voz baja:

—Cayó al club por uno de esos favores que nunca deberíamos haber aceptado. Un Cuervo viejo, que ya no está, lo trajo. Dijo que le debíamos una, que el pibe "sólo necesitaba guía". Guía mis huevos.

El Indio bajó un poco más la voz, como si estuviera desempolvando mugre vieja que aún tenía olor.

—Al principio se portaba. Chamuyaba bien, ayudaba, se movía. Pero viste cómo es, Mateo: los que más saludan, son los que más esconden. A la primera oportunidad, se llevó más que herramientas. Se llevó confianza.

» En uno de los encuentros lo vimos actuando raro, pegado a unos giles medio falopa. No eran parte de ningún club, ni del ambiente motero posta. Eran parásitos de la ruta, de esos que andan buscando "negocios" donde no hay códigos. Se los notaba… viscosos. Y él ahí, como si nada.

» Otro día, vinieron unos colombianos a cobrar una deuda. Pusieron cara de piedra y dijeron que el "Señor Mamuto" había dejado cómo domicilio de garantía nada menos que la sede de los Cuervos.

Mateo se atragantó con la birra.

— ¿Qué…?

—Sí, pibe. Unos hijos de puta con acento pesado y cara de no estar jodiendo. Rafa se quería arrancar la cabeza contra la pared. El Flaco los calmó, les explicó, les ofreció unas partes viejas de moto a cambio de la deuda. Medio los atajamos… pero quedamos marcados.

» Lo peor es que cada vez que le preguntábamos algo, el Mamut se hacía el ofendido. Ponía cara de víctima. O se borraba "como rata por tirante", cómo decimos nosotros.

» De a poco, fue metiendo gente en el club. Gente como él. Mañosos. Oscuros. Con historias turbias que nadie podía comprobar pero todos sospechábamos. No eran Cuervos: eran buitres de cementerio. Esos que comen carroña.

» Nosotros —Rafa, el Flaco y yo— ya estábamos desconfiando fuerte. No cuadraba. A simple vista representaba todo lo que no debía ser un Cuervo: Altanero, individualista, soberbio.

» Pero tenía algo que lo sostenía: poder de convocatoria.

Mateo lo miró, sin entender.

— ¿Cómo que poder de convocatoria?

El Indio bufó, con bronca resignada.

—Llegó a tener seis ahijados. ¡Seis! Pibes que él mismo trajo al club. De esos, cuatro llegaron a ser full members. Lo seguían cómo si fuera un profeta de la ruta.

» Y ahí empezó a creérsela. A creerse más importante que el propio presidente. por qué "lo seguían cuatro ratas" —dijo con un tono irónico que quemaba—. Cuatro tipos que nunca entendieron lo que era ser parte de algo más grande que su ego.

Mateo estaba entre asombrado y con bronca. Mamut no era sólo una mancha en la historia. Era una herida abierta.

— ¿Y nadie hizo nada?

El Indio lo miró fijo.

—Los Cuervos no somos impulsivos. No nos manejamos con la bronca: nos manejamos con el tiempo. Y el tiempo, pibe… siempre canta.

—Pero bueno —tiró Mateo, casi con una risa nerviosa—, seguro lo rajaron al toque, ¿no?

El Indio negó con la cabeza. Lento. Pesado. cómo quien quisiera rebobinar la historia y cambiar el final.

—Ojalá hubiera pasado eso, pibe. No sabés cómo me hubiese gustado.

» cómo te dije, había gente que lo bancaba. Y no te hablo de los otros mañosos, no.
Te hablo de gente de verdad, de adentro, que le seguían dando el beneficio de la duda.

La famosa "última ficha de confianza". Siempre una más. Siempre una excusa.

Mateo frunció el ceño, revolviendo las caras en su cabeza.

— Y el único que se me viene a la mente ahora es… ¿Rafa?

El Indio clavó la mirada a lo lejos. No lo corrigió con la boca. Lo corrigió con el silencio.

Después, con la calma de un sabio que escupe verdad sin estridencia, respondió:

—Era Lito.

Mateo quedó duro. El vaso se le quedo inerte entre las manos.

—¿Lito? ¿Seguro?

No podía ser. Horas antes, el mismo Lito le había contado que Mamut se había opuesto a su ingreso. Que lo había sobrado, que había querido bajarlo cómo si fuera un improvisado. ¿Cómo podía haber sido él quien más lo bancaba?

El Indio lo miró de reojo. Y con tono de cacique en ronda sagrada, le largó la enseñanza:

—Ya lo viste cómo es el viejo. Cada vez que llegaba el dato de alguna cagada del Mamut, él decía lo mismo:
“Averigüen bien. Escuchen las dos campanas. No se enfrenten entre hermanos por chismes de terceros. ”

» Lito no defendía a Mamut.
Defendía al club.
Defendía la forma en la que se hacen las cosas cuándo hay códigos.

» Y no era sólo con él. Era con todos. Los años le enseñaron que la lealtad se brinda sin condiciones… y se retira sin pena.

» Pero sobre todo, aprendió que antes de mover un pie, hay que estar seguro de dónde irá el segundo, por qué un paso mal dado en este mundo, Mateo… te deja rengo pa' siempre.

Mateo se quedó callado. El murmullo de los Cuervos seguía flotando en el aire cómo un coro de fondo. Pero en su cabeza, todo se había detenido.

Lito no era sólo un viejo con historias lindas. Era la brújula moral del club. Y lo había sido incluso cuándo más dolía serlo.

—Pero y entonces… ¿cuándo lo rajaron al Mamut? —tiró Mateo, ya sin filtro, sin vergüenza.
Tenía el corazón corriendo más rápido que La Fiera en bajada.

El Indio lo miró cómo si estuviera por responder… pero lo descolgó con otra cosa.

—Traé más birra, fijate si las chicas adentro no necesitan nada y después seguimos —dijo, con tono de abuelo hinchado las pelotas—. Está linda la noche y me la estás cagando con la historia de ese gil.

Mateo, casi avergonzado por su hambre de saber, se levantó al instante.
Sirvió tragos en las mesas que lo necesitaban, alcanzó cervezas frías, y hasta le cebó un mate a una de sus hermanas menores que estaba charlando con las demás chicas. La sede estaba rebalsando de vida, pero en su cabeza sólo había una cosa retumbando: Mamut.

Sabía que apurar al Indio no era buena idea. Así que optó por la técnica del "estoy acá si querés seguir". Se paró en un costado, justo donde el Indio lo pudiera ver.

En un momento, la imagen de Lua le cruzó la mente. Su pelo morado, sus ojos verdes, esa risa con dientes de loba. Ella estaba en otro evento. Pero esa costumbre de ir cada uno por su lado de vez en cuando les había dado aire sano a la relación.
Y justo cuándo se estaba hundiendo en esa marea emocional, el silbido seco del Indio lo sacó de golpe.

—¡Pibe!
—Sentate. Aprovechá y tomá algo fresco.

Mateo volvió al banquito cómo un soldado.
Se sirvió una birra. Y con el vaso tapándole media cara, le hizo una seña con las cejas.

El Indio lo miró, resignado.

—¡Cómo jodés con eso, che! —dijo, sonriendo de medio labio.

Y arrancó:

—La cosa fue así.
Habíamos ido a Entre Ríos. Nada especial.
No era un encuentro ni nada. sólo un finde en Colón. Rafa había conseguido que nos presten un lugar cerca del río y nos instalamos. Motos, pesca, río, joda tranquila. La pasamos bien.

» Pero el día que nos teníamos que volver, Mamut y sus cuatro ratas estaban raros. Nerviosos. Escarbaban entre las carpas, entre las motos. Algo buscaban. No querían decir qué.

» cómo durante el finde ellos habían ido varias veces al pueblo, Rafa les dice:
—¿No se les habrá perdido allá?
Pensando que era una billetera, un celular… algo así.

Y ahí, uno de los pibes que estaba con Mamut —medio dormido, medio boludo— se le escapa:

—No… era un paquete que trajimos del pueblo.

El silencio que siguió fue cómo una bomba muda.

Mamut lo miró con ojos de degollarlo.

Rafa, ya caliente, da la orden:

—Todas las mochilas y alforjas acá. Ya.

—No presi, no hace falta, decía Mamut, con cara de perro mojado.

Pero El Flaco se levantó con esa voz que no pide permiso:

—Entre nosotros no se puede perder nada.

Y empezó a vaciar sus propias alforjas. Yo también. Todos. Y ellos seguían… haciéndose los boludos.

Rafa sacó el cortaplumas, y ¡zas! cortó los cordones de la mochila de Mamut de un sólo saque.
El Flaco bajó otra alforja, y empezaron a revisar todo.

Y ahí, debajo de un trapo sucio lleno de grasa y herramientas, aparece el “paquete”.

—Medio kilo de falopa, pibe.
¿Entendés lo que es eso?
Podíamos ir todos en cana. Por esos giles.

Nos miramos entre todos. Ni hacía falta hablar.
Rafa dijo: “Nos vamos. Ellos se quedan. ”
Y así fue. Los dejamos solos en Colón.

El lunes siguiente, misa en la sede.
Esa vez, ni Lito lo pudo defender.
No era chisme, no era sospecha.
Lo habíamos visto. Con nuestros ojos.

Se propuso la expulsión inmediata de todos.
Incluso de los prospects que aún le quedaban a Mamut.
Había que cortar de raíz.

Cuándo se llamó a votación… fue unánime.
Ni un voto en contra. Ni una sola ausencia.

Y Mamut…
Siempre con ese personaje de víctima, tiró el chaleco al piso.
Dijo que lo hacía “por el club”, que con esas “ganancias” iba a comprar cosas que hacían falta.
Pero esa vez, nadie le creyó. Y nadie más le volvió a hablar.

Poco tiempo después, nos enteramos que se metieron de okupas en unos galpones en el Bajo, cerca de la avenida vieja.
Y sin duelo, sin luto, sin alma… formaron otro MC.
“Los Murciélagos. ”

Desde entonces, corte total.
Nadie que tenga algo que ver con los Cuervos los banca.
Y ellos… sólo se mueven en círculos turbios, cómo ellos mismos.

El Indio se sirvió otro trago. Bajó la mirada.
Y cerró con una sola frase:

—Ya está, pibe. ¿Contento ahora?

Mateo no respondió con palabras. sólo asintió con la cabeza, lento, cómo quien no quiere mover ni una idea de lugar.

Pero no… no estaba contento. Estaba inquieto. Encendido.
Una mezcla jodida de bronca, admiración y desconcierto.

Había llegado al club buscando un rumbo, una tribu, un modo de vivir que tuviera más pulso que la oficina. Y lo había encontrado.
Pero ahora, después de todo lo que había escuchado… algo se había revelado.

Hasta ese momento, Mateo pensaba que los clubes de motos eran refugios.
Familias ampliadas. Rituales con olor a nafta y lealtad.
Y sí, eso también era verdad. Pero no toda. No siempre.

Ahora entendía que incluso en los espacios más sagrados, la oscuridad podía colarse vestida de cuero, sonriendo, saludando con dos dedos y contando historias de ruta que no eran más que humo.

Se dio cuenta de que el chaleco no te hacía Cuervo.
No el parche. No el apodo. No la foto grupal en el motoencuentro.
Lo que te hacía Cuervo era lo que hacías cuándo nadie te miraba.
Cómo cuidabas al de al lado, cómo te plantabas ante lo injusto, cómo llevabas el nombre del club en la espalda sin ensuciarlo.

Y sobre todo, comprendió algo que le dolió más de lo que quería admitir:

La hermandad no está garantizada. Se cultiva. Y se defiende.

Por qué cuándo uno baja la guardia, puede entrar un Mamut.

Y si entra uno… puede arrastrar a más. Y entonces el club no es un club. Es una carcasa vacía. Una jaula de buitres vestidos de Cuervo.

Mateo tomó un trago largo de cerveza.
Miró la sede. Los suyos. Los que estaban. Los que habían quedado.
Y entendió que su rol ya no era sólo obedecer cómo prospect.

Era cuidar. Vigilar. Y si era necesario… advertir.

Por qué ahora lo sabía con certeza:

En este mundo, lo más fácil es ponerse un parche.

Lo difícil… es honrarlo.

El Viento y La Bruja

La sede de los Cuervos a veces fungía como taller sagrado con olor a recuerdos, la tarde transcurría con su rutina habitual: alguna llave francesa extraviada, un tema de La Renga sonando de fondo, y Mateo con las manos negras hasta los codos, ayudando al Flaco a reparar una de las piezas torcidas que se habían roto después del robo.

El Flaco, con el cigarro apagado colgando de la comisura, resopló:

—Che… ¿y vos con la bruja? ¿Todo bien?

Mateo se rió sin mirar, limpiándose el sudor con la manga sucia.

—¿Lua? Todo bien. Labura un montón, anda siempre a mil. Pero cuándo frena… te juro que el mundo también lo hace.

El Flaco hizo un gesto cómo de estar recordando algo. Lo miró con un ojo cerrado, cómo midiendo qué tanto sabía Mateo.

—¿Sabías que yo la traje al club, no?

Mateo paró la amoladora y lo miró desconcertado.

—¿Vos?

—Yo. Hace un par de años. Antes de que vos aparecieras, antes de que tenga el pelo morado incluso.

Se sentó en una cubierta vieja, sacó un mate frío de una botella térmica y, como si nada, se puso a contar:

—La conocí en un tattoo shop de Quilmes. Yo iba con la idea de hacerme algo chico. Una calaverita piola o el clásico “Cuervos del Sur” en la pantorrilla. Pero entré… y la vi.

» Estaba sentada en el fondo. Pelo ondulado, auriculares puestos, y tatuándole la espalda a un loco que parecía haber salido de una novela de ciencia ficción.

» No era una mina más. Era una mina con presencia. Y cuando digo presencia no hablo de lo físico, Mateo. Hablo de esa energía rara… de esa mezcla de “me importa todo” y “me chupa un huevo”.

» Me llamó la atención que, entre sesión y sesión, la vi sacar una libreta y ponerse a dibujar. Garabatos locos, corazones rotos, pistones, alas… una cabeza que laburaba a mil.

» Charlamos un rato. Me preguntó por el tatuaje, y cuándo le conté del club se interesó más que cualquier prospect que vi en mi vida. Me dijo que andaba en una Patagonia 150 hecha pelota, pero que la moto le daba paz.

Mateo lo miraba sin parpadear. Era cómo escuchar un prólogo perdido del libro de su vida.

—Y entonces… ¿la invitaste?

—No al club —aclaró el Flaco—. A una juntada. cómo amiga.
Las reglas son claras, Mateo. Las mujeres no pueden ser miembros de un MC. No en este tipo de clubes, por lo menos. Pero eso no significa que no puedan formar parte de las amistades.

Y Lua… Lua se hizo parte.

No por protocolo, ni por tolerancia.
No por qué alguien le pidiera que viniera, ni por qué necesitara un lugar donde caer.

Se metió cómo un viento fuerte por debajo de la puerta, sin pedir permiso. Y se quedó. No invadió. Habitó.

No venía a figurar, ni a hacerse la que sabía. No necesitaba ponerse dura para ser respetada, ni dulce para ser querida.

Lua era cómo un tatuaje bien hecho: no se imponía, pero no se borraba.

Ganó el respeto de todos sin levantar la voz, sólo a fuerza de presencia, lealtad, y esa forma suya de estar sin estorbar, de ayudar sin preguntar, de mirar sin juzgar.

Nunca sobreactuó. Nunca quiso pertenecer por obligación. Nunca pidió un chaleco, ni preguntó por qué no podía tener uno.

Ella eligió estar cerca.
Eligió mirar desde afuera, pero con el corazón adentro.

Y eso, en un mundo de tipos que a veces miden todo "por quien la tiene más larga", fue una revolución silenciosa.

Porque ser parte sin tener el parche… es más difícil que llevarlo.

Y Lua, su libertad, sus dibujos en la libreta, su voz que cortaba el ruido cómo un cuchillo en el asfalto. ... se volvió parte de la familia cuerva.

» Y eso, pibe… en este mundo, vale más que mil parches.

Mateo bajó la vista un segundo. Pensó en todos esos días con ella. En la primera salida, en el viaje, en el campito, en la carpa, en las charlas sin red. Y ahora entendía mejor por qué Lua nunca reclamaba nada. por qué ya lo tenía todo claro desde el principio.

—¿Y por qué nunca me dijiste que vos la habías traído?

El Flaco se encogió de hombros.

— Porque el mérito no es mío. Ella sola se ganó su lugar. Yo sólo la señalé… El resto lo hizo el destino.

Su vínculo con el Flaco fue de los primeros en construirse.
Sólido. Sin vueltas. cómo las buenas herramientas: se eligen, se cuidan, y no se prestan.

Él la conoció antes que muchos de los actuales full members.
La trajo cómo quien trae una anécdota interesante… pero se le transformó en una especie de hermana menor con alma de Bruja.

Al toque entendió que Lua tenía calle, pero también corazón.
Que venía curtida, sí, pero no endurecida.
Y que si bien tenía el carácter de decirte las cosas en la cara, sabía cuándo callarse y cebarte un mate sin decir nada.
Y eso, para el Flaco, era lealtad en estado puro.

Después vino Rafa.

El presi la conocía desde antes, de alguna movida solidaria donde ella había caído con un termo, unos bizcochos, y una sonrisa que ni siquiera los chicos del barrio pudieron esquivar.

Al principio no dijo nada. La observó. Rafa siempre observa.

Pero con el tiempo, empezó a llamarla por su apodo.
A ofrecerle un lugar cerca en las rondas de charla.
A dejarle una birra servida sin preguntar. Pequeños gestos. Códigos sin firma.

Y así, casi sin que nadie lo declarara oficialmente, Lua se convirtió en "la protegida de Rafa".
La que todos cuidaban sin que ella supiera.
La que nadie tocaba ni jodía por qué sabían que, si bien no llevaba parche, llevaba club en el alma.

Era raro. Era nuevo. Pero era real.

Y en un mundo tan cargado de masculinidad con reglas castrosas, ella no vino a patear el tablero. Vino a plantarse al lado.
A escuchar. A acompañar. A recordarles, a veces sin palabras, que la fuerza también puede venir de otro lado.

Nadie le dio un título. Pero todos sabían que, si algo le pasaba, el club entero iba a responder.

Mateo se quedó un rato en silencio después de escuchar todo lo que el Flaco le contó. Apoyó los codos sobre el banco de trabajo, giró una tuerca entre los dedos cómo si en ese giro pudiera encontrar respuestas. Miraba fijo al suelo, pero no lo veía.

—Flaco… yo estoy fascinado con Lua.
Posta, me vuela la cabeza.

El Flaco sonrió sin sorpresa.

—Y sí, pibe. Sos uno más.

—No, no lo digo por el físico o lo copada que es. Es… todo ella. Cómo te escucha, cómo se planta, cómo desaparece un segundo con la mirada y después te vuelve con una sonrisa que te desarma. Pero. ...

—Peeero —repitió el Flaco, cómo si ya supiera lo que venía.

—Pero no la puedo leer del todo.
Es cómo sí. ... cómo si de golpe cambiara el viento.
¿Me entendés?

» Estamos bien. Una noche de birra, charla, esas cosas que vos decís "che, loco, esto va en serio".
Y al otro día es cómo que está… lejos.
No enojada. No triste. Lejos.

El Flaco apagó el cigarro contra la tapa de un bidón y se acomodó de costado. Bajó la voz:

—Sí, te entiendo. Y te voy a decir algo que quizás te ayude.

Mateo levantó la vista. Era raro ver al Flaco ponerse serio.

—Lua… no es de acá.

—¿Eh?

—No, no digo de otro barrio o país.
Digo de acá adentro —y se tocó el pecho—.
Del club. De este código. De esta idea de vida donde todo gira alrededor del nosotros.
Ella lucha todos los días por pertenecer sin romperse.

» Tiene historia, pibe. Y no es historia linda de novela romántica.
Tiene partes oscuras. Golpes que no se ven. Y sobre todo…
tiene miedo.

—¿Miedo a qué?

—A quedarse. A confiar.A entregarse a algo que la vuelva a traicionar.

Mateo tragó saliva.

—Pero yo no le hice nada…

—Y no hace falta.
No sos vos, Mateo. Es ella contra su propio espejo.

Y a veces, cuando una persona pasó por tanto, ni el amor más sano alcanza.

» Vos podés cebarle mil mates, hacerla reír, abrazarla en cada parada.
Pero si en su cabeza todavía tiene el bolso listo para irse, nada la va a retener.

Silencio. sólo el ruido del ventilador girando perezoso sobre sus cabezas.

—Entonces… ¿qué hago?

El Flaco suspiró largo, miró al horizonte, cómo buscando una respuesta vieja.

—La disfrutás.
Le das lugar, no jaula. Y si un día se va, no la odiás. No te cerrás.
sólo entendés que algunas almas no nacieron para quedarse.
Pero eso no las hace menos valiosas.

Mateo no dijo nada. por qué sabía que, en el fondo, el Flaco podía tener razón. Lua no era suya. Nunca lo fue. Era del viento, del asfalto, de esa libertad que no se explica. Y de alguna forma, ahora lo entendía. Y dolía. Pero también lo hizo más fuerte.

Calabozo Cuervo

Era una salida simple. De esas improvisadas. —¿Vamos hasta el parador de la 5 a comer algo? Y listo. Motos en marcha, cuero al viento, y la excusa justa para vernos las caras sin ninguna fecha especial.

El parador era como todos los paradores que valen la pena:

- Techito de chapa.
- Una parrilla grande como la dignidad del parrillero.
- Camioneros con la cara curtida.
- Y perros. Perros que no son del parador ni de nadie, pero que siempre están ahí. Como nosotros. Buscando un cacho de carne.

Uno en particular era flaco como sombra. Gris gastado. Un ojo más cerrado que el otro. Viejo. Pero estaba ahí, como si el lugar le perteneciera.

Nos sentamos. Pedimos vacío, chori, unas papas fritas sin demasiadas ganas de que salieran buenas. La charla se armó sola, como siempre.

Y de repente, un grito: —¡Fuera, bicho asqueroso! ¡Perro mugriento!

Un tipo grandote, camisa abierta hasta el ombligo, le pegó una patada al viejo perro por acercarse a su mesa.

El animal cayó de costado, chilló bajito. No se defendió. Y no hizo falta más.

El Indio se levantó como resorte. Ni una palabra. Caminó hasta el tipo. —¿Tenés hambre vos? —le dijo, tranquilo, mirándolo de frente.

—¿Eh? ¿Qué te pasa, loco? Metete en tus cosas.

—Este perro no es tuyo. Pero este lugar sí es de él. Está antes que vos. Y no molesta. ¿Vos podés decir lo mismo?

El camionero se paró. Dos pasos más cerca. Quiso imponerse con gritos. —¡Andá a hacerte el moralista a otro lado, motoquero mugriento!

Ahí se pararon dos Cuervos más. Y detrás del camionero, otros dos tipos que claramente no estaban ahí para mirar.

Y bueno... Pasó lo que tenía que pasar. Sillas para un lado, cosas al piso. Volaron piñas y el desmadre copó al parador.

La policía tardó poco. Dos patrulleros y una camioneta que parecía más decorado de museo que transporte real.

Nos llevaron a todos a una comisaría chiquita, chiquita...

—Parece una caja de zapatos —dijo uno.

—Con olor a orín añejo —cerró el Flaco, con voz seria.

Estábamos todos ahí. Algunos con un rasguño, otros con la remera rota. Sin comida. Sin bebida. Sin libertad. Pero con la hermandad a flor de piel.

El Indio en un rincón, vendándose solo con una servilleta.

—¡Indio! ¿Te lastimaste? —preguntó Rafa.

En medio del tumulto, el viejo perro, asustado, había saltado entre las piernas y le había metido un tarascón al Indio. Sí, al que lo había querido defender.

—¡LA PUTA MADRE! ¡¡ME MORDIÓ A MÍ, BOLUDO!! —gritó el Indio, con cara de “no puedo creer que esto me esté pasando”.

Ahí floreció la idiosincrasia cuerva en su forma más pura.

—¿Cómo te vas a dejar traicionar así, loco?

—¡Eso te pasa por confiar en un perro negro!

—Te fuiste al frente por Lassie, y te cagó como perro.

Mateo no hablaba mucho. Reía. Observaba. Sentía.

Ahí entendió que el club no necesitaba ni motos, ni ruta, ni asado, ni birra para ser el club. El club eran ellos, juntos. Incluso en un calabozo.

La juntada cuerva seguía... aunque fuera entre barrotes.

Cuando por fin nos largaron, con una advertencia y un "no vengan más por acá", subimos a las motos. El perro estaba echado entre unas mesas, como si ese día no hubiera pasado nada.

El Indio lo miró desde la moto y dijo bajito:

—Yo sólo quise ayudar. Pero el perro... es perro. Y si se siente acorralado, muerde. No lo hace por maldad. Lo hace porque es lo que sabe hacer.

Y arrancó.

Mateo se quedó un segundo más. Pensando en que a veces uno hace lo correcto... y sale mal. Pero eso no lo vuelve incorrecto. Solo lo vuelve humano.

Y en los retrovisores, mientras la caravana retomaba la ruta, el reflejo era claro: **El calabozo no corta la hermandad. Porque... está en ellos. Y en el que elige quedarse, incluso cuando no hay libertad por la que brindar.**

El mecánico del Alma

Taller de Rafa, una tarde más. Sonaba Riff bajito de fondo, y el humo de electrodos quemados flotaba cómo incienso sagrado.

Mateo estaba ajustando una tapa de válvulas mientras Rafa soldaba una pieza quebrada. La radio sonaba bajita. Afuera, el calor trepaba por las chapas del galpón.

—Che… —largó Mateo, sin dejar de mirar la pieza—.
¿Vos cómo los conociste al Indio y al Flaco?

Rafa levantó la careta de soldar, se secó la frente y apoyó el soldador sobre la mesa cómo quien baja un arma.

—¿A vos qué te picó ahora?

Mateo sonrió sin despegar la vista.

—No sé. Curiosidad.
Es cómo que están siempre ahí. Y uno los respeta. Pero no sabe nada.

Rafa se rió por lo bajo.

—Y eso es parte de su magia, ¿viste?

Mateo lo miró, intrigado.

—El Indio… —empezó Rafa— es el tipo que nunca busca protagonismo, pero cuándo habla, todo el mundo calla. Viene de una familia pesada. De barrio bravo. Aprendió a callar para no ligar, literalmente.

» Se crió con códigos de verdad. De esos que no están en libros ni en películas. Una vez se comió una causa por no mandar al frente a otro. Nada grave. Pero supo lo que era comerse el garrón por alguien. cuándo salió, vino al club. Y nunca pidió nada.
sólo… estuvo. Y está. Siempre. Si hay una pelea, el Indio va adelante. Si hay una reunión, él escucha.

Y si vos lo llamás a las 3 de la mañana por qué te quedaste tirado…
no pregunta dónde estás. Te dice que ya va.

Mateo tragó saliva, sin querer mostrar que eso lo había tocado.

—¿Y el Flaco?

—El Flaco… es otra historia.
El Flaco es el que nunca quiso ser jefe de nada, pero todos lo siguen igual.

» Tiene calle. Tiene historias. Pero también tiene corazón.
Es el primero que te presta una herramienta, el primero que te caga a pedos si hacés cagadas, y también es el primero que pone el pecho cuándo la cosa se pone fea.

» ¿Sabés qué le pasó hace unos años?
Estaba por casarse. Tenía todo armado.
Y un mes antes, la novia le pidió que dejara el club.

Mateo lo miró, cómo si le hubieran pateado el pecho.

—¿Y?

—Y nada.
Le dijo que no. Que si ella lo quería de verdad, no le iba a pedir que traicione lo único que siempre lo había hecho sentir parte.

» Ella se fue.
Él lloró dos semanas. Y al tercer sábado, ya estaba haciendo el asado en la sede cómo si nada.

Mateo más curioso que antes vuelve a preguntar
pero cómo se hicieron cuervos?

Rafa largó una risa seca, sin levantar la vista.

—¿Querés historia, eh?

—Quiero entender —dijo Mateo—.
No sólo saber. Entender qué los hizo quedarse.

Rafa dejó la herramienta, se apoyó en el banco cómo si lo que iba a contar le pesara más que el motor más roto.

—Mirá. El Indio no entró al club cómo todos. Entró por ausencia.

Mateo lo miró sin entender.

—¿Ausencia?

—Sí. Había estado preso. No por chorro. Por pibe.
Por cargar con el apellido de un hermano que sí era delincuente.
Un día volvió al barrio. Todo había cambiado.
Menos la mirada de desconfianza en la gente.
No conseguía laburo. Ni alquilar una pieza. Era invisible para todos.

» Menos para Lito.

—¿el viejo?

Si el mismo. Le ofreció ayudar en la sede. Limpiar. Repartir volantes. El Indio venía y se quedaba en silencio, pero observaba todo. Alguien así no lo hace por chusma.
Lo hace por qué quiere pertenecer pero no sabe si lo merece.

» Hasta que un día hubo una pelea con otro grupo.
Un boludo de afuera empujó a Lito.
Y antes de que alguien reaccione, el Indio ya se le había tirado encima.

» No por bardo. Por reflejo. Por lealtad pura, sin pedir nada a cambio.

Y ahí, hermano…
Ahí lo supimos: ese tipo ya era Cuervo.
sólo le faltaba el chaleco.

Mateo sorbió otro mate.
—¿Y el Flaco?

Rafa sonrió. Esa sonrisa cargada de ternura y tristeza.

—El Flaco…
El Flaco entró con una mochila llena de dolor.

» Había perdido a su viejo en un accidente.
No era motero, pero era su sangre. Lo crió. Lo protegió.
Y de golpe… se quedó sólo.

» Cayó a una juntada por error. Un amigo lo llevó.
Estaba callado, con una birra en la mano y la mirada en cualquier lado.
Pero esa noche se quedó hasta el final.
Y al final, alguien le preguntó si necesitaba algo.
Y por primera vez en semanas… el Flaco dijo que sí.

» Y no era guita. No era trabajo. Era esto.
Un lugar donde no tuviera que explicar por qué le dolía tanto respirar.

Mateo bajó la cabeza.
Sentía algo apretándole la garganta.

Rafa se limpió las manos con un trapo, lo miró de frente y cerró:

—El club no está hecho de motos, Mateo. Ni de rutas, ni de parches.

» Está hecho de tipos que cargan mochilas que no muestran.
De dolores que no tienen nombre. Y de una promesa silenciosa:
"Acá nadie más se queda sólo. "

» Pero esa promesa cuesta. A veces cuesta una pareja, un trabajo, un futuro que soñabas distinto. Ser Cuervo… no es para cualquiera.
Es para el que entiende que la libertad no siempre se trata de huir.
A veces, es quedarse a pelear por otros.

Reflejo en el asfalto

Después de esa charla con Rafa sobre el Indio y el Flaco Mateo se fue a su casa, tenía que prepararse para continuar al otro día con la rutina de la oficina.
El bondi avanzaba lento, cómo si también estuviera cansado de los días iguales. Mateo, con la cabeza apoyada contra la ventana, a través de la mugre exterior del vidrio miraba el paisaje urbano pasar sin prestarle atención. El mismo viaje de siempre… pero con otra cabeza.

Iba pensando en Rafa.

El tipo común. El mecánico. El vecino. El líder.

No tenía pinta de gurú ni voz de caudillo. No imponía respeto con gritos ni con gestos duros. Rafa era otra cosa.
Era esa clase de tipo que te hace sentir que tenés un lugar… aunque no digas una palabra.

Para Mateo, Rafa era el último número en la ecuación que explicaba lo que eran los Cuervos.
El que encajaba cuándo todo parecía ruido.
El engranaje clave.
El alma que le daba sentido al conjunto.

Porque si el Indio era sabiduría de vida, el Flaco, era lealtad sin estridencias y Lito, historia viva.

Pero Rafa…
Rafa era el que conocía cada pieza del motor humano del club.
Sabía quién había perdido a un hermano, quién tenía a la vieja enferma, quién dormía en el sillón de un amigo por qué lo habían dejado.

Y no lo usaba cómo información. Lo usaba cómo combustible.

Para motivar, para cuidar, para frenar una pelea, para mirar a alguien a los ojos y decirle "ya va a pasar, hermano. "

Mateo entendió en ese viaje algo que no había visto antes:

Rafa no lideraba por qué quería. Rafa lideraba por qué era necesario.

Era el que conectaba historias rotas.
El que podía hablar con el prospect más nuevo y con el full más curtido.
El que hacía andar el motor de la hermandad cómo si fuera una moto vieja y fiel.

Y Mateo, ahí, con la mochila sobre las piernas y la camisa de la oficina arrugada, sonrió apenas.

Porque supo que, aunque ese bondi lo llevara a un escritorio, su camino real estaba en otra ruta.
Una donde el compromiso y la palabra valían más que cualquier título.

Una donde algún día, quizás, él también podría ser ese engranaje para alguien más.

Mateo bajó del bondi cuándo todavía faltaban unas cuadras para la oficina. Tenía tiempo. Necesitaba caminar. Sentir el asfalto con los pies, aunque no tuviera el rugido de La Fiera abajo. Ese zumbido urbano le daba espacio en la cabeza. Lugar para pensar.

Y pensaba en Rafa.
En el Indio.
En el Flaco.
En Lua.
En él mismo.
En el pibe que, no hacía tanto, miraba motos desde el colectivo cómo si fueran un sueño de otro.

Pensaba en cómo había cambiado su forma de caminar.
Su manera de mirar a la gente. Su forma de hablar, de cuidar, de callar.
En cómo el club le había enseñado cosas que ninguna oficina, ninguna universidad ni ningún libro podían enseñarle.

El club no era un parche. No era un chaleco negro ni una juntada los sábados.

Era una escuela de vida.
Un templo sin dioses donde se rezaba con hechos.

Y él… Él había llegado buscando un poco de libertad.
Pero lo que había encontrado era una identidad.

Había aprendido que los hombres no se forjan en los momentos fáciles.
Se forjan cuándo estás tirado en una zanja con la moto rota y aparece un hermano sin que lo llames.
Cuando alguien llora y nadie lo juzga.
Cuando el fuego se prende y todos, en silencio, agradecen que hay algo que los une más allá de las palabras.

Mateo frenó en la esquina. El semáforo estaba en rojo.
Pero él ya no miraba los autos.

Estaba mirando hacia adentro.
Y por primera vez, no se vio sólo.

Se vio parte de algo. De un legado. De una rueda que gira, se rompe, se arregla… pero nunca deja de andar.

Y entendió, sin necesidad de decirlo en voz alta:

El club no lo había contenido. Lo había transformado. De pibe con hambre de ruta… a hombre con raíces en el asfalto.

Yo soy cuervo

Un día común, de esos que a veces ni se recuerdan, Mateo salía de la sede de los cuervos, sin rumbo especifico, solo quería andar en moto, disfrutar de la unión que a través del tiempo forjo con **LA FIERA**, caminaba despacio, con el casco y los guantes colgando de la mano. La razón le decía que ya era hora de irse, que la cabeza pedía ruta. Pero había algo adentro —no sabía si era nostalgia, respeto o simple necesidad de silencio compartido— que lo empujó a quedarse un rato más.

Se sentó junto a Lito, sin hablar. La sede a sus espaldas.
El mundo adelante.

Y en el medio, ese instante inmóvil, donde no hace falta decir nada para saber que uno está exactamente donde tiene que estar Lito en absoluto silencio le dio una palmada en la rodilla.

Y supo, ahí, con esa mezcla de cerveza tibia y sentido de pertenencia, que ser parte del club no era haber llegado.
Era estar dispuesto a sostenerlo. Todos los días. A cualquier hora. En cualquier ruta.

Ser Cuervo no era llevar un parche en la espalda.
Era cargar con historias ajenas cómo si fueran propias.
Escuchar sin juzgar. Estar sin que te llamen. Esperar sin apuro.
Y cuándo toque ir al frente, ser el primero en arrancar la moto aunque no sepas si volvés.

Aprendió que el viaje no empieza en la ruta, sino en el momento en que un tipo cualquiera, con el alma hecha trizas, encuentra a otros que le dicen “quedáte”.

Que la hermandad no se grita. Se demuestra.
En el silencio del que se sienta al lado sin decir nada.
En el abrazo torpe del que no sabe consolar pero está.
En el mate cebado al que llega de madrugada.
En el asado improvisado por qué “el Flaco necesitaba reírse un rato”.

Entendió que los verdaderos líderes no dan órdenes.
Cuidan. Conocen. Saben cuándo empujar y cuándo abrazar.
Que Rafa era más que un presidente.
Era el tipo que se sabía de memoria la historia de cada miembro, incluso las que no se cuentan.
Y que, sin decirlo, le enseñó a todos que el amor por el club es una forma de amor por la vida.

Se dio cuenta que el dolor no es enemigo del crecimiento.
Que Lua lo enseñó a soltar.
Y que soltar, a veces, es la mayor forma de amor.

Que el Indio, con su mirada firme, le enseñó que la palabra cumplida vale más que cualquier cosa.
Y que el Flaco, con su corazón curtido, le mostró que la vulnerabilidad no te saca fuerza. Te la ordena.

Entendió por qué Lito, después de tantos años de "andar por su cuenta", había vuelto al nido.
Porque nadie se salva sólo. Ni siquiera los que saben arreglar motos con los ojos cerrados.

Y que los cuervos no vuelan en fila por estética.
Lo hacen por qué el que va adelante corta el viento para los que vienen atrás.
Y cuándo el de adelante se cansa, rota.
Porque en está bandada, el cansancio es compartido. Y el destino también.

Mateo pensó en todo eso y más.
Pensó en su mamá, que al principio no entendía nada pero un día le llevó una torta con la leyenda "Felicidades, Cuervo".
Pensó en su hermana, que ahora venía a las juntadas sin miedo.
En los viajes. En los encuentros. En las risas. En las lágrimas. En la Fiera, que seguía rugiendo cómo el primer día.

Y comprendió algo más. Ser Cuervo no era una etapa. No era una moda. Ni siquiera una elección. Era una forma de estar en el mundo.

Con la espalda recta, el casco puesto, el corazón abierto y la convicción de que cada curva, cada pozo, cada subida valen la pena.

Porque la ruta no se mide en kilómetros.
Se mide en personas. En recuerdos. En gestos.

Y en el alma despierta de los que, cómo él, eligieron vivir centímetro a centímetro.
Sin apurar la marcha.
Sin quemar etapas.
Pero con la certeza de que lo importante no es llegar.
Es cómo vas. Y con quién.

Mateo cerró los ojos.
Y por primera vez, en mucho tiempo…
se sintió completo.

Una lágrima, terca y sincera, rodó por su mejilla.
La secó con disimulo, cómo quien se saca un bicho del ojo, sin darle demasiada importancia… aunque por dentro supiera que ese gesto tenía más peso que mil palabras.

Le devolvió la palmada a Lito, una de esas que no dicen “chau”, sino “gracias, hermano”, y se levantó sin apuro.

Caminó hacia La Fiera, con ese andar sereno del que sabe que no necesita correr para llegar.
Estaba por subir, ya con el casco en la mano, cuándo desde adentro se escuchó la voz de Neno, entre risas y humo de asado:

— ¡Che, Mateo!
¿Y vos… cómo caíste acá?

Mateo giró apenas, con media sonrisa y los ojos brillando.

—Eso Neno… eso es otro cuento.